

someter a juicio literario los valores intrínsecos y formales de un libro recientemente publicado, porque no hay crítica sin juicio, ni juicio, cabría decir también, que no tenga alguna relación con la crítica.

«Helena de Troya, no sólo por su historia divertida, sino porque dio lugar a que se alcanzaran las máximas cumbres de la literatura clásica. Es decir, esta mujer fue la que llevó al extremo la conocida máxima de «instruir *deleitándose*», *Psicoanálisis de Mingote*, por Julián Cortés-Cabanillas, (*ABC* del 14 de Septiembre de 1964).

Horacio con el «*utile dulci*» de su *Arte poética* o *Epístola a los Pisones*, impuso esta regla o precepto no al que lee, sino al que escribe, consiguientemente la versión correcta sería «enseñar *deleitando*» (1).

Estos descuidos o distracciones que no destruyen, como es lógico, la fama o prestigio de un escritor, más lo restringen que lo aumentan, por eso señalo el *lapsus*, con el único objeto de estimular la atención y el esmero de quien escribe.

Descuidos o distracciones;  
impropiedades, gazapos.  
Apercibida la mente  
y el lápiz rojo en la mano.

¡Oh mis dilectos lectores!  
¿no es un quehacer muy sensato?  
Así lo estimo yo al menos  
y sin temor lo proclamo.

#### UN APRENDIZ DE HABLISTA

(1) «...qui miscuit utile dulci, —lectorem delectando, pariterque monendo, que D. Tomás de Iriarte tradujo en verso castellano, así: «Mas todos contribuyen —al que enseñar y deleitar procura— y une la utilidad con la dulzura» *El Arte poética de Horacio* o *Epístola a los Pisones* (Madrid, en la Imprenta Real de la *Gazeta*, Año de MDCCLXXVII), págs. 51, 52, 53 y 54.

## RECENSIONES

EL CHUPAO Y OTROS CUENTOS, por Pedro Romero Mendoza. Madrid, 1963.

La literatura, como la Historia, tiene dos formas de cultivo: La teórica y la práctica. De la misma forma que no es lo mismo ser historiógrafo que historiólogo, ya que este último es un tratadista y el primero es, además un escritor, tampoco es lo mismo ser profesor de Literatura, *literólogo*, diríamos con un no muy bello neologismo, que *literógrafo*, con otro igual o sea, cultivador puro y simple de las letras. Un tratadista de Literatura puede ser una eminencia de orden técnico y una nulidad como estilista. Los ejemplos de esto no son raros. Para ser un buen literato, hay que nacer. La otra cualidad se puede adquirir.

De un tiempo a esta parte abundan los técnicos en achaques literarios que, además, son escritores castizos. Ejemplos de ello son actualmente Menendez Pidal y Dámaso Alonso, entre otros muchos. Pedro Romero Mendoza, el distinguido escritor cacereño es otro ejemplo. Hace tiempo tuvimos la suerte de leer de cabo a rabo —no de hojear— la magnífica obra *Siete ensayos sobre el Romanticismo español*, que, como se sabe, mereció de la Real Academia Española el valioso galardón «Conde de Cartagena», y la lectura nos subyugó, porque su autor, a más de eminente crítico y *literólogo*, es ameno, pulcro y elegante literato. Para insistir en esta segunda faceta de su pluma, Romero Mendoza nos ofrece en *El Chupao y otros cuentos*, una brillante muestra de literatura práctica en uno de los géneros más difíciles para quien maneja la pluma.

Casi todos los españoles —pues ya es sabido que España es el país donde todo el mundo escribe y nadie lee— hemos

escrito una o varias novelas. Pero pocos hemos sabido escribir un verdadero *cuento*. Es éste un género nada fácil, pues debe reunir determinadas cualidades que no quedan cubiertas reproduciendo simplemente un capítulo de una novela o condensando una novela en pocas páginas. Lo primero resultaría desvaído; lo segundo amazacotado y en ambos casos aburrido. Un cuento no es tampoco una novela pequeña por la misma razón que un niño no es una reproducción de un hombre a escala pequeña. El niño tiene un cierto aire o ángel independiente y el cuento ha de tenerlo también. Hace falta en primer lugar un argumento suficiente, pero no farragoso, es necesario un interés continuo y sobretodo es imprescindible que haya gracia, no sólo en la narración, sino también en el estilo. Todas estas premisas que venimos repasando se dan superabundantemente en esta selección de Romero Mendoza.

*El Chupao*, que encabeza la serie y da nombre al volumen, es una pincelada ambiental, realista y acre. Sigue por contraste una eutrapelia irónica en *La Corbata de lazo* y a esto, un cuadro triste con delineadas tintas románticas bajo el título de *El Mar*. *Permuta* es una travesura no exenta de picardía que deja intencionalmente sin acabar. *El boleto* es el relato de una pesada broma de actualidad.

No hemos de mencionar todos los títulos, sino hacer notar lo que de los pocos citados habrá ya deducido el lector. Nuestro libro es un ramillete de narraciones artísticamente dispuesto, donde los temas, se suceden distintos, en orden a no cansar la atención del lector. Hay en tal antología de todo: aguafuertes rurales o callejeros, estampas guerreras, paisajes fantasmagóricos imposibles, gotas de psicoanálisis, de todo en fin con una inteli-

gente selección que hace la lectura tan agradable por el fondo como por la forma, contribuyendo además a ello la excelente tipografía y presentación de este elegante tomo de más de trescientas páginas. Felicitamos a su autor, exhortándole a poner en circulación nuevos frutos de su ingenio, de que, ciertamente está hoy muy necesitado el Parnaso de Extremadura.

- o -

LA ESPERANZA EN DIOS NUESTRO PADRE, por Charles Moeller. IV Tomo de la serie «Literatura del siglo XX y Cristianismo». Editorial Gredos. Madrid 1960. Traducción de Valentón García Yebra.

Hablar de esperanza en nuestro siglo, en este siglo que, en todo o en parte, en forma teórica o en forma práctica, va relegando al desván la fe de sus antepasados, es ya ciertamente esperanzador. La esperanza es precisamente la medicina que necesita nuestro mundo y en un grado muy grande nuestra juventud, sumergida en la amargazón o en la amargura que es el único fruto de las mentes vacías de espiritualidad. Es muy cierto que sin esperanza no existe vida porque la vida de los desesperanzados apenas merece el nombre de tal.

Por este solo motivo ya se coge con avidez el libro de Moeller que acomete un problema, tan específicamente actual. Pero este libro es parte de una utilísima serie que acomete la empresa de poner a disposición del lector, una gran parte del pensamiento moderno en distintos países y razas, sin necesidad de leer las obras originales. El difícil cometido de la selección se nos da ya hecho y el más difícil aun y espinosísimo trabajo de la crítica y apreciación exacta y serena del pensar ajeno nos lo proporciona el autor alemán en este tomo apretado, cuyo denso contenido se lee con renovada satisfacción, aunque no es texto para pasarlo aprisa, sino reposada y reflexivamente.

El autor ha ejemplificado su estudio de la esperanza cristiana con la biografía

crítica, quiero decir con la biografía de las obras de seis literatos. El primer ensayo, acaso para dar matiz de actualidad diríamos periodística a la obra, se refiere a Ana Frank. Sin embargo, de las páginas infantiles de esta tan trillada obrita que es el célebre *Diario*, poco concreto puede sacar el lector en cuanto al rumbo previsto de la obra. Ana Frank es sólo un símbolo de la brutalidad humana, repetido por millones en todas las páginas de la historia o de la geografía del mundo.

Más profundo, más serio y más eficaz es el segundo capítulo, dedicado a nuestro Unamuno, que nos hace seguir paso a paso la evolución del atormentado cerebro de este filósofo ibérico. El título del ensayo, *La esperanza desesperada*, paradójico como todo lo que se relaciona con Unamuno, nos dice que de él, va a salir sólo un reflejo o atisbo de esperanza racionalmente fundada.

El tercer ensayo se titula *Gabriel Marcel o el Misterio de la esperanza* y nos describe el lento caminar de la mente de este escritor y dramaturgo francés nacido en el ateísmo, hasta la verdad formal y católica. No es extraño que, desde el punto de vista práctico, este capítulo sea el más aleccionador.

En esta galería de conversos, a Marcel sigue la biografía de Charles Du Bos. Realmente Du Bos no tuvo necesidad de convertirse, sino simplemente de salir de la laguna de escepticismo que más o menos hondamente atraviesan muchos hombres en el centro de su vida. Cuando, como en este pensador se da un alma delicada y una honradez espiritual completa, el retorno a la esperanza, a Dios, es cuestión de tiempo, el tiempo que tardan en sedimentar las pasiones que en la época de plenitud esclavizan al hombre. De todas formas, la reconversión de Du Bos, no es un hecho súbito, sino una peregrinación laboriosa y perfeccionante, según la palabra con que el autor intitula el ensayo.

En Fritz Hochwälder y *Los aplazamientos del Reino*, cuarto ensayo del volumen, el autor no relata la vida de este dramaturgo austriaco, sino que se limita a analizar la tesis sobre el Reino de Dios

de la obra de Hochwälder, *Das Heilige Experiment*. Este sagrado experimento son las famosísimas reducciones jesuíticas del Paraguay, una de las más perfectas y bellas obras de colonización, o por mejor decir, la más perfecta y más bella obra de colonización de la historia del Mundo. El ensayo reviste cierto interés para nosotros, por que el autor austriaco y ya el traductor nos previene al principio sobre ello, ha bebido en las nada limpias fuentes de la Leyenda Negra, antes de tratar su tema, y utiliza a esta última como elemento artístico de contraste, sin relación efectiva con la tesis. Así, en el desarrollo, del drama Hochwälder contraponen a los Jesuitas con el Gobierno de Carlos III que, al expulsar a aquéllos, destruyó la obra magna de las Reducciones. Habla de Jesuitas y Españoles como de dos bandos en lucha, como si los jesuitas de aquella maravillosa idea no fuesen es-

pañoles o como si la marea antijesuítica del siglo XVIII hubiera nacido en España y no fuera en nuestro país una simple importación francesa de una tendencia arrolladora que lanzó al mismo papado.

En fin, en su último ensayo, se refiere Moeller a un poeta, Charles Péguy que en sus bellos versos, de los que se incluyen en el texto muchos y delicados fragmentos, nos muestra el camino de la *Esperanza de la resurrección*, a través de la inmarcesible espiritualidad del ser femenino.

Una ajustada *Conclusión* colofona este magnífico volumen, que constituye una sólida y completa lección, para todo el que se interese por el pensamiento de nuestro tiempo en su aspecto crítico-teológico, escrita además ella misma en una prosa de auténtica calidad y con una documentación exuberante.

CARLOS CALLEJO

